

Adiós a la excepción, casi ¿Será posible algún día vivir cívicamente con mente de capitalista y corazón de socialista?

Damián Fernández

POR FIN LE ESTAMOS DANDO LA BIENVENIDA A LO NO EXCEPCIONAL. CADA vez más economistas y científicos sociales especializados en el caso cubano están diciéndole adiós a Cuba como excepción y están analizando la trayectoria social de la Isla a la luz de las experiencias de otros países. El adiós a la excepción es un modo de normalizar la forma en la cual pensamos a Cuba y quizás hasta de normar y normalizar la realidad cubana.

La convergencia —no del todo monolítica, afortunadamente— de ideas sobre el diagnóstico y la prognosis de la economía, política y sociedad cubanas entre los estudiosos —tanto dentro como fuera de la Isla— es sin duda sorprendente pero real, e indicativa de la disonancia cada vez más marcada entre la normatividad intelectual y la conducta política.

Se está gestando un consenso sobre las pautas principales necesarias para rescatar la economía cubana que enmarcan un paradigma nuevo, aunque desgraciadamente no del todo innovador. Por fin parece que los intelectuales estamos abandonando la manía de inventar siempre algo nuevo, diferente, especial y exclusivo para nuestra realidad, conscientes al fin de que aunque nunca dejemos de aparentar excepcionalidad, las apariencias engañan. Parece ser que estamos dispuestos, si no necesitados, a aprender de los ejemplos de otros países y a aplicar las mejores prácticas desarrolladas en otros contextos al de Cuba, ya que lo excepcional no nos ha conducido a una situación privilegiada, sino todo lo contrario. El consenso emergente es crítico y constructivo, como debe ser el trabajo intelectual. El ideario es balanceado, justo, realista; une a economistas de «acá» y a economistas de «allá» en una comunidad epistemológica a pesar de la separación geográfica, las barreras ideológicas y diferencias específicas bastante menores.

DIEZ PUNTOS DE CONSENSO

Entre las ideas principales de este consenso, se encuentran las siguientes: Primero, la economía cubana continúa en crisis. Segundo, sólo una módica liberalización económica la puede rescatar. Las reformas económicas en esa

dirección harían mucho bien al país y producirían resultados favorables en términos de crecimiento económico y bienestar social. Tercero, no se puede distribuir lo que no existe; sin producción y sin crecimiento económico la justicia social es una utopía inalcanzable; lo ideal se restringe por lo material. Cuarto, la justicia social (que se puede definir en varias formas) continúa siendo una meta para la nación. La justicia social no pertenece al ideario de un grupo político, ni a un único partido; ha sido un compromiso nacional antes, durante y después de la Revolución y también dentro de la diáspora. La justicia social no se puede definir de una sola forma simplista, exclusivista, ni se debe utilizar sólo como una consigna vacía de contenido. Quinto, el pragmatismo económico debe ser la norma matriz de la conducta de la política económica. Sexto, a pesar de la transnacionalización de la economía cubana, el énfasis es la dirección de la economía nacional. Séptimo, el rol del Estado en la economía es imprescindible, pero la pregunta es a qué nivel debe regularse la economía. Octavo, el consenso está basado en el reconocimiento de que en el campo de la política económica no hay nada totalmente nuevo bajo el sol; fundamentalmente sólo es posible manejar con más o menos control esa relación entre Estado, individuo y mercado, que es, a fin de cuentas, una cuestión política. Noveno, el consenso parece favorecer un ritmo paulatino (pero no tan paulatino que se confunda con inmovilidad) en vez de una terapia de choque, ya que esta última produce grandes desajustes, dolor y costos que pueden ser exagerados, innecesarios, contraproducentes, y que, francamente, ya el pueblo cubano los ha vivido en el Período Especial, sin ver la luz al final del túnel. Y décimo, los economistas parecen haber accedido a la supremacía de lo político al reconocer que la política determina en gran medida la economía. Para un politólogo no marxista hay pocas satisfacciones mayores que encontrarse en medio de economistas que admitan la superioridad determinativa de la política sobre la economía. O sea, el reconocimiento de que los actores políticos tienen márgenes de autonomía para actuar sobre las estructuras materiales y por tanto son responsables del buen o el mal manejo de éstas.

Los economistas han avanzado más que los politólogos en dibujar un mapa que pueda ayudar a la nación a salir de la crisis. Los politólogos hemos avanzado mucho menos, quizá porque el terreno que caminamos es más incierto. Pero al pensar el modelo y el proceso de reforma económica, no es suficiente articular la preeminencia de lo político sino que hay que considerar cuestiones específicas necesarias para lograr implantar un modelo nuevo. Se me ocurren varias preguntas. ¿Qué tipo de coalición política dentro del Estado, y entre el Estado y la sociedad, son necesarias para sustentar este consenso sobre el modelo económico? ¿Qué pacto social sostendrá esa nueva coalición? ¿En qué ideología, en qué mitos, en qué lenguaje, se fundaría esta fórmula de gobierno económico? ¿Qué tipo de arquitectura política se debe construir para brindar espacio a los tecnócratas sobre el terreno económico sin obviar pautas democráticas de rendición de cuentas? ¿Qué margen de autonomía y protección debe dársele a estos especialistas

para que desde el conocimiento «pragmático» intenten arreglar lo que está roto? ¿Cuáles son los costos políticos de una transición económica lenta, a paso de jicotea? ¿Qué impacto tendrá la reproducción en el futuro del privilegio dentro de la sociedad socialista actual? ¿Habrá una tendencia a la permanencia en el poder de los privilegiados? ¿Cómo podemos insertar lo social —incluso lo informal y lo ilegal, nuestras tendencias culturales— dentro del análisis económico de este consenso que despunta? ¿Cómo se lidiará con el capital social de las redes informales que tanto ha resuelto y tanto ha corrompido? ¿Cómo se revertirá— a base de qué incentivos o de qué fuerza— la proclividad hacia la ilegalidad? ¿Qué rol jugara la diáspora en general —y Miami en particular— en este proceso, tanto para bien como para mal, teniendo en cuenta que el dinero y las redes que conectan y conectarán a ambas orillas podrán resultar en amistades y enemistades, en bienes sociales y la corrupción de éstos? En fin, ¿cómo lidiarán tanto políticos como economistas, estudiosos y líderes sociales, y el pueblo en general, con una nación que tiene mente de capitalista con corazón de socialista?



Sueño, noche, muerte.
Óleo sobre cartulina.

Foto: Suzanne Nagy.